

por caminar. En la dirección que él nos señaló.

Adaptación al tiempo, a los pueblos, a los fieles, lengua hablada por la gente. Todavía nuestra liturgia puede progresar mucho en adaptación a la gente, en ser directamente comprensible para ellos, significativa.

Cantos e instrumentos populares. Las canciones de moda se renuevan con mucha rapidez. No podremos cambiar a esa velocidad en nuestra liturgia. Pero el Concilio nos llama a la creación, a interpretar musicalmente lo más profundo de las preocupaciones y de la fe del pueblo.

Participación, oración de los fieles. Fue con motivo del movimiento de Pedro Valdés en la Edad Media cuando se acabó con la predicación de seglares en las iglesias. Es mucho todavía lo que se puede recuperar en participación activa de los cristianos en la oración común.

No al clasismo. Aumenta el número de sacerdotes que en diálogo con sus feligreses encuentran formas de mantenimiento que les permiten quitar hasta la apariencia de negocio en la liturgia.

Biblia completa. Hace poco (SIC 440, pgs. 454-5) reflexionábamos sobre las lecturas marginadas de la liturgia. Tenemos que buscar la manera de que toda la riqueza de la Sagrada Escritura llegue al mayor número de cristianos.

Fe como entrega a una persona que se nos revela en palabras y gestos. Vivencia personal y realismo frente a los peligros del mal idealismo. Unión de Tradición, Escritura y Magisterio, frente a quienes pretenden absolutizar alguna de estas instancias.

Respeto profundo a la personalidad del hombre, sin manipularlo. Como no lo manipula ni Dios al autor inspirado.

La Biblia nos revela el sentido profundo de nuestra vida, el hacia dónde. A través de formas distintas de escribir, que hay que reconocer. Dios que se adapta pedagógicamente a su pueblo en el Antiguo Testamento. Evangelios adaptados a las comunidades, no repeticiones mecánicas. Aliento a los que estudian la Biblia. Invitación a todos a conocerla, en la lectura y la oración.

Todavía después de 20 años el Concilio Vaticano II sigue señalando caminos. Inspirando. Dando vida. Con él nuestro agradecimiento y compromiso.

20 AÑOS DEL CONCILIO

Pluralismo y libertad

EDUARDO J. ORTIZ

Fueron numerosas las resistencias que tuvo que vencer el Vaticano II para hacer aprobar algunos de los documentos que lo han hecho histórico. Pero a juzgar por las crónicas de entonces ninguno encontró tanta oposición como la Declaración sobre la Libertad Religiosa.

DOS AXIOMAS

En ciencias se llama axioma "una proposición tan clara y evidente que no necesita demostración".

Al menos eso es lo que dice el Diccionario de la Academia, aunque en la vida real las pretensiones del axioma son mucho más modestas. Le basta con considerarse como presupuesto incontrovertido dentro de un sistema. Mientras todos dan por supuesta su verdad resultan funcionales. Negarlos supondría embarcarse en otra matemática, otra física u otra coherencia de pensamiento. Y así han nacido nuevos sistemas, con otros axiomas, para explicar la realidad.

En el s.XIX funcionaban dentro del catolicismo dos axiomas incontrovertidos, que sumados hacían imposible una valoración positiva de otros modos de pensar. Estos axiomas eran: "El error no tiene derechos"; "Fuera de la Iglesia no hay salvación". La conclusión implícita en tales premisas era que sólo la Iglesia tenía derecho a extender su doctrina.

No es el momento de hacer un recuento detallado de la historia de estos axiomas ni de sus avatares (1). Respecto a la segunda afirmación parece haber sido Cipriano de Cartago (s.III) quien dio forma a la expresión que luego sería retomada en diversos documentos oficiales de la Iglesia: "Fuera de la Iglesia no hay salvación para nadie" (2).

La tesis permanecía todavía incólume a finales del s.XIX. Por entonces el papa Pío IX condenaba a quienes afirmaran que "por lo menos deben tenerse fundadas esperanzas acerca de la eterna salvación de todos aquellos que no se hallan de modo alguno en la verdadera Iglesia de Cristo" (3).

Aunque el paso del tiempo introdujo también inevitablemente interpretaciones más benignas. Incluso el entonces llamado Santo Oficio (antes Inquisición; hoy Congregación para la Doctrina de la Fe) concedía en 1949 que "para alcanzar la salvación eterna no

siempre se requiere la pertenencia efectiva a la Iglesia como miembro suyo". En casos extremos podría bastar "que el hombre quiera conformar su voluntad con la de Dios" (4).

Pero la desconfianza permanecía hasta el umbral mismo del Vaticano II. Bastaría recordar lo que el Episcopado venezolano decía en su Instrucción Pastoral de 1957: "Gana también prosélitos el pestífero error del indiferentismo, pues no pocos se imaginan que el hombre es libre para profesar la religión que mejor le parezca, que en cualquiera de ellas puede salvarse, como si de su voluntad dependiera el escoger la manera de rendir a Dios el culto debido, o a lo menos que no hay que temer de la eterna salvación de aquéllos que de ningún modo pertenecen a la verdadera Iglesia de Cristo. De estos errores y otros muchos, en los que se desconoce la soberanía de Dios sobre el hombre y las leyes que rigen su ser moral, resulta el pretendido derecho del hombre para pensar, hablar, escribir y enseñar cuanto le venga en mientes, sin limitación alguna. Este es el sistema que con el nombre de libre pensamiento con tanta generalidad se profesa hoy. Esas libertades ilimitadas son absurdas, en religión no menos que en filosofía y moral, y ya están reconocidas por los más eminentes hombres de Estado como fuentes perennes de perturbación en el seno de la sociedad, como causa de disminución y aun extinción de la caridad, de los respetos sociales, de la obediencia y sumisión a las autoridades legítimamente constituidas. Por esas libertades el hombre se entrega a un verdadero desenfreno que tiene luego que ser reprimido por la fuerza pública o privada, lo cual origina mayores males y desgracias en medio de los pueblos" (5).

DECLARACION CONCILIAR

La Declaración sobre Libertad Religiosa comenzó a discutirse en Asamblea el 23 de septiembre de 1964, durante la tercera etapa del Concilio. No pudo presentarse antes, como diría el Cardenal Bea en la última sesión de la segunda etapa, aludiendo veladamente a las maniobras dirigidas a abortarla, "por falta de tiempo y por alguna otra razón" (6).

Desde la primera discusión, los

Cardenales que aquel día tomaron la palabra perfilaron las posturas y presentaron los argumentos que de una u otra manera se vendrían repitiendo a lo largo de todo el Concilio.

Por una parte los contrarios. "En sí sólo la verdad, y por tanto la religión católica, tiene verdaderos derechos, y por tanto derecho a la libertad" (Ruffini). "Parece casi que canonizásemos el liberalismo, condenado hace un siglo por los Papas. ¿Es que la Iglesia va a contradecirse?" (Quiroga). "¿Por qué se plantea el problema únicamente desde el ángulo del derecho natural? Así omitimos el hecho de que la Iglesia tiene además un derecho sobrenatural, único y exclusivo, dado por Cristo, a propagar su fe" (Ottaviani).

Por otra parte los favorables. "Hasta ahora siempre la Iglesia ha pedido libertad para sí misma, es hora de que empiece a pedirla para otros" (Cushing). "Nacerá una religiosidad más verdadera. La fe es algo que se acepta y se vive libremente" (Meyer). "Debemos adaptarnos a la realidad del mundo actual, netamente democrático y pluralista, basado en el respeto a la dignidad inalienable de la conciencia del hombre" (Silva Henríquez).

Monseñor Woytila pedía avanzar más adelante: "La tolerancia no es suficiente para regular nuestras relaciones. La tolerancia puede conducir al mantenimiento del 'status quo' cuando lo que hoy hace falta es un progreso".

Pero el 10 de octubre cambiaron los vientos: Mons. Felici, Secretario del Concilio, comunicó al cardenal Bea en una carta, que según testigos éste leyó casi llorando, que era deseo de la autoridad superior que la declaración fuera reestudiada y reelaborada. Para ello se nombraba a una comisión formada por Obispos que en su gran mayoría se habían manifestado en el Aula Conciliar abiertamente contrarios al esquema. Uno de ellos, Marcel Lefebvre, se ha hecho después más conocido por su oposición manifiesta al Concilio que motivó su suspensión, aún no levantada, por parte de Pablo VI.

Sin embargo cuatro días más tarde, tras una carta al Papa de diecisiete cardenales en la que se pedía "con la mayor insistencia que dicha declaración vuelva al procedimiento normal del Concilio y sea tratada según las reglas previstas, para que no resulten grandes males para el Pueblo de Dios", el Papa decreta de nuevo que sea el Secretariado para la Unidad, presidido por el cardenal Bea, quien estudie y reelabo-

re el texto. Entre los firmantes de esa carta aparece en la prensa el nombre del cardenal Quintero.

El 2 de noviembre se concluyó la nueva (segunda) versión. El día 6 Pablo VI la envió a la Comisión Teológica, presidida por el cardenal Ottaviani, para que fuera revisada. El día 9 esta comisión la aprobó por doce votos positivos, seis negativos, nueve propuestas de modificación y una abstención. El texto fue distribuido a la Asamblea el 17 de noviembre.

El 18 por la mañana monseñor Felici anuncia a la Asamblea que un grupo de Padres ha presentado un recurso pidiendo que el esquema sea discutido de nuevo antes de ser votado, pero la Presidencia ha decidido que el asunto sea sometido al pleno de la Asamblea. La minoría se está moviendo toda la tarde para evitar la votación. Al día siguiente monseñor Tisserant, Cardenal Decano, anuncia a media mañana que "contrariamente a lo comunicado ayer, no se realizará la votación preliminar sobre la Declaración sobre Libertad Religiosa". Unos cincuenta obispos aplauden; más de mil quinientos junto con todos los observadores abandonan el Aula. Los cronistas llaman a este día 'el jueves negro' y reconocen en él uno de los momentos más apasionados del Concilio. En menos de media hora se recogieron en los pasillos más de ochocientas firmas apelando al Papa para que se modificara la decisión. Pero ya era tarde. Al día siguiente concluyó sin novedad la última reunión de trabajo de la tercera etapa del Concilio.

La cuarta y última etapa se abre el 14 de septiembre de 1965. Al día siguiente se reanuda la discusión sobre un texto ligeramente reelaborado (tercera versión). En ella se repiten las mismas objeciones de diez meses antes. Los asistentes se impacientan y la Presidencia plantea una votación de sondeo: ¿se acepta el texto reelaborado como base para la Declaración definitiva? 1997 votan a favor; 224 en contra.

El siguiente texto (cuarta versión) es entregado a los obispos el 23 de octubre y presentado en el Aula dos días más tarde. Fue votado por partes, y aún hubo que elaborar un quinto texto que llegó al Aula el 17 de noviembre. El 19 se realizó una votación global que arrojó 1954 votos positivos y 249 negativos. La oposición era aún fuerte e influyente, pero ya estaba derrotada. Cuando en la última sesión del Concilio, el 7 de diciembre, se pedía el voto final en la presencia del Papa, que implicaba la pro-

mulgación solemne del documento, el resultado fue de 2308 votos a favor, 70 contrarios y 8 nulos. Como siempre ocurría en ocasiones semejantes, tras la lectura de las cifras se escuchó un aplauso cerrado. Parecía llegado el fin de los debates.

FUERA DE LA IGLESIA SI HAY SALVACION

Los textos conciliares son suficientemente conocidos y se pueden encontrar en cualquiera de las numerosas colecciones que los reproducen.

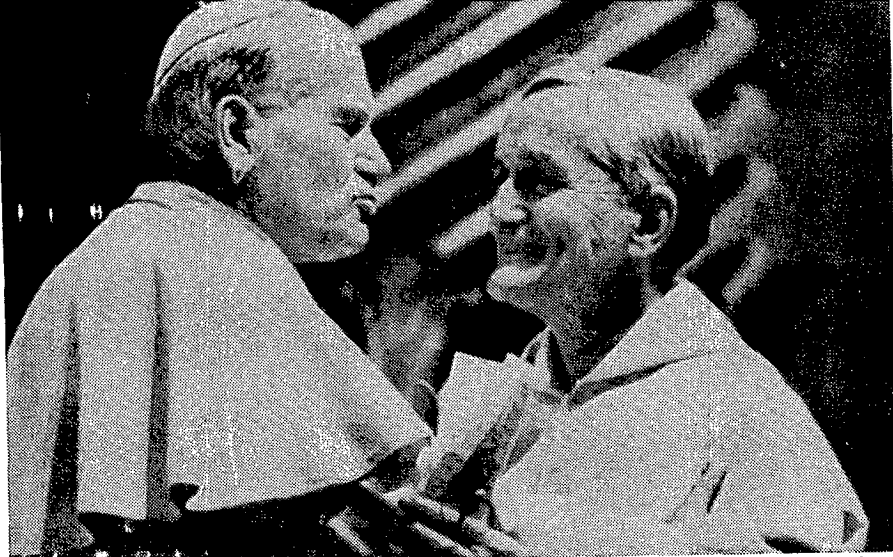
"Confiesa el sagrado Concilio que la verdad no se impone de otra manera que por la fuerza de la misma verdad" (Declaración sobre Libertad Religiosa n.1). Los Protestantes y Ortodoxos "están incorporados a Cristo y, por tanto, con todo derecho se honran con el nombre de cristianos, y los hijos de la Iglesia católica los reconocen, con razón, como hermanos en el Señor" (Decreto sobre Ecumenismo n.3). En la Declaración sobre Religiones no Cristianas se afirma (n.2) que "la Iglesia católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrina que, aunque discrepan en muchos puntos de lo que ella profesa y enseña, a pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres". Y la Constitución Dogmática sobre la Iglesia reinterpreta radicalmente el viejo axioma que identificaba salvación con pertenencia a la Iglesia al afirmar que "no podrían salvarse aquellos hombres que, conociendo que la Iglesia católica fue instituida por Dios a través de Jesucristo como necesaria, sin embargo se negasen a entrar o a perseverar en ella" (n.14).

PLURALISMO

Esta nueva dinámica no podía tener sólo consecuencias extraeclesiales. También la atmósfera interna de la Iglesia se había visto transformada por el debate.

En primer lugar, los obispos y los demás cristianos percibieron que el diálogo y la confrontación de opiniones distintas no habían puesto en peligro la unidad de la fe, ni habían sacudido las bases de la Iglesia. Muy por el contrario, las habían fortalecido al despojarlas de obstáculos y adherencias inútiles o perjudiciales.

Además se percibió que la única forma de llegar a proposiciones admitidas por la mayoría de los cristianos era



Pablo VI abraza al H. Roger, de los "hermanos separados" de Taizé

exponerlas a debate público, dejando que las diversas opiniones se decantaran y obtuvieran respaldo por su racionalidad intrínseca, y no por presiones ni mucho menos por sanciones.

A la vez fue casi una constante que las opiniones de la periferia resultarían más liberales que las del centro. No sólo eso; incluso las percepciones sobre el "sentido de los fieles" eran distintas en uno y otro lugar. Cuando en el centro se creía que un cambio doctrinal contaría con un rechazo masivo, desde la periferia se pensaba que contaría con un respaldo casi universal. Los hechos confirmarían que los canales de información de estos últimos eran más confiables y reflejaban mejor la realidad.

Esto obligó también a preguntarse por los motivos de tales diferencias. No bastaba la buena voluntad y ni siquiera la santidad de vida, que por lo demás tampoco habría que presuponer ingenuamente, para llegar a la verdad. Había condicionamientos sociales y culturales que modificaban la manera en que cada grupo jerarquizaba las verdades de fe y percibía sus consecuencias.

De hecho durante el Concilio la periferia contestataria estuvo constituida básicamente por nordeuropeos y norteamericanos, que después de todo eran los más cercanos al centro. ¿Qué riquezas podría ofrecer al cristianismo una Iglesia tercermundista que repensase y reviviese su fe desde culturas diferentes? A esta tarea animó el concilio cuando en su Decreto sobre la Actividad Misionera de la Iglesia declaró que: "es necesario que en cada gran territorio socio-cultural se promueva aquella consideración teológica que someta a nueva investigación, a la luz de la Tradición de la Iglesia Universal, los hechos y las palabras reveladas por Dios, consignadas en la Sagrada Escritura y explicadas por

los Padres y el Magisterio de la Iglesia. Así se verá más claramente por qué caminos puede llegar la fe a la inteligencia, teniendo en cuenta la filosofía o la sabiduría de los pueblos, y de qué forma pueden compaginarse las costumbres, el sentido de la vida y el orden social con la moral manifestada por la divina revelación" (n.22).

Las palabras encarnación e inculcación entraron a formar parte de la conversación diaria de los cristianos. Los obispos latinoamericanos se reunieron en Medellín para leer el Concilio desde la periferia de la periferia, los pobres del tercer mundo. Se abría una nueva época con nuevas formas de opinión dentro de la Iglesia, y consecuentemente nuevos dispositivos para tomar decisiones. O al menos eso se creía.

¿VUELTA ATRAS?

No es fácil analizar por qué después de veinte años en vez de seguir adelante hemos marchado hacia atrás. Pero el hecho parece evidente, y esto hay que encuadrarlo dentro de un contexto mucho más global que trasciende las instancias puramente eclesíásticas (7).

Cuando Juan Pablo II escribió la Encíclica "El Redentor del Hombre" ya percibía el malestar de quienes se preguntaban "¿no hemos ido demasiado lejos? ¿es lícito correr ese riesgo?" y a éstos les respondía "¿Nos es lícito no hacerlo?" (n.6). "La Declaración sobre Libertad Religiosa nos muestra de manera convincente cómo Cristo y después sus apóstoles, al anunciar la verdad ... conservan una profunda estima por el hombre, por su entendimiento, su voluntad, su conciencia y su libertad" (n.12). En otras partes el Papa exhorta a buscar toda la verdad mediante el diálogo (nn.3-4).

También el Documento de Puebla

habla de que "la labor teológica implica cierta pluralidad... Hay, pues, un pluralismo bueno y necesario que busca expresar las legítimas diversidades, sin afectar la cohesión y la concordia" (n.376). Pero es significativo que en el Índice elaborado por el CELAM sólo se desarrolle otra referencia donde se lamenta que "una falsa interpretación del pluralismo religioso ha permitido la propagación de doctrinas erróneas o discutibles en cuanto a fe y moral, suscitando confusión en el Pueblo de Dios" (n.80).

En nuestra Iglesia no sería difícil encontrar documentos que se inclinan también en una u otra dirección. Parece sin embargo más poderosa y creciente la que teme el diálogo abierto e identifica con excesiva facilidad la diferencia de opiniones con el confusionismo o aun la división.

Es de desear que esta tendencia no se consolide, porque en los períodos históricos en los que ha triunfado ha llevado siempre a una uniformidad impuesta y por lo tanto engañosa. El mantener alejadas a las periferias, limitar cada vez más el ámbito de lo que se puede discutir, relegar las cuestiones candentes a revistas especializadas que pocos conocen y menos leen, aislar, desacreditar y si es posible condenar las voces disidentes con el menor ruido posible sólo llevaría a crear la imagen irreal y desfigurada de una unanimidad inexistente a favor de posturas ya derrotadas en el Concilio.

NOTAS

- 1) Un esbozo esquemático en LE GUILLOU, Marie-Joseph: *Sacramentum Mundi*, Herder, Barcelona, 1973, vol. 3, cols. 618-620.
- 2) *De unitate Ecclesiae* cap. VI; *Cartas 4*; IV,3 y 73; XXI,2. Las Obras Completas de San Cipriano han sido publicadas en edición bilingüe (latín-castellano) por la BAC n. 241.
- 3) *Syllabus* n.17 (Dz 1717; DS 2917).
- 4) DS 3870.
- 5) *Instrucción Pastoral del Episcopado venezolano dictada en las Conferencias celebradas en Mérida en junio de 1957* nos. 948-949. Cito la edición del Secretariado Permanente (sin fecha) impresa en los talleres tipográficos de la Penitenciaría de San Juan de los Morros.
- 6) Para la historia del Concilio me guió por los cuatro volúmenes de crónicas publicados por José Luis MARTIN DESCALZO bajo el título *Un periodista en el Concilio* - PPC, Madrid.
- 7) La Revista *Concilium* dedicó hace algunos meses (enero 1981) un número a "El Neconservatismo: Fenómeno social y religioso".